

CÓMO SUPERAR EL GRAN ENGAÑO ESPIRITUAL

Hay una ceguera, Padre, que penetra en lo más hondo del alma humana, opacando tu rostro. El mundo está en mi contra. Mi carne conspira contra mi alma. Y el enemigo de mi alma lucha por alejarme de la bendita luz del evangelio. Te ruego que mi corazón se vea inundado por el fulgor de tu sonrisa. Que tu luz expulse por siempre la oscuridad espiritual que entorpece mi relación contigo. En el nombre de Jesús, amén.

Un factor que debería animar el corazón de todos los cristianos es que Dios no ha dejado nuestro mundo a oscuras. Toda la enseñanza bíblica apunta a Jesús como la luz “que alumbró a todo hombre, [y que] venía a este mundo” (Jn. 1:9). Dios, en su infinita sabiduría, ha establecido a Jesús como la luz del mundo.

Alejados de Jesús, los hombres y mujeres tropiezan en la sombra de su propia rebelión. Bajo la influencia del príncipe de las tinieblas, siguen caminando en una oscuridad tan profunda, peligrosa y sin esperanza como si la luz nunca hubiera venido. Fijémonos en diversas personas: detectamos en ellas cierta sensación de desesperanza y, sin embargo, ante sus ojos está la esperanza del mundo, que es el Señor Jesucristo: ¿qué induce a una persona a apartarse deliberadamente de la luz y caminar en las sombras de su propia oscuridad? ¿Por qué sus ojos están tan ciegos al fulgor de Jesucristo, que es ciertamente la luz del mundo?

Desde un punto de vista natural, un ciego lleva la oscuridad

en sus ojos. Para el ciego, da lo mismo que a su alrededor sea un día luminoso, porque en sus ojos solo hay una medianoche cerrada. Para un ciego, la luz no tiene valor; incluso puede negar su existencia. Por lo que a él respecta, la luz no existe. Por mucho que intentemos convencerlo de lo contrario, no posee la capacidad de ver la luz. Se encuentra atrapado en su propia ceguera, sin esperanza.

Creo que en el ámbito espiritual pasa lo mismo. A pesar de que la luz del evangelio brilla en torno a ellos, los hombres y las mujeres siguen optando por caminar en la ceguera de sus propios corazones. Niegan enfáticamente que exista la luz. O bien, optando por caminar en las tinieblas espirituales, desprecian la luz. Por beneficiosa que sea la luz, la gente sigue eligiendo la oscuridad. “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Jn. 3:19).

Quiero señalar que esta oscuridad espiritual, a diferencia de la ceguera natural, es autoinfligida. En realidad, hoy día no hay excusas para la ceguera espiritual. Dados todos los avances de la tecnología, son muy pocas las personas que se encuentran alejadas de la luz del evangelio. Gracias a la radio, la televisión y otros medios de comunicación, no pasa un solo minuto durante el día en el que no se exponga el evangelio. Ninguna otra generación ha disfrutado de tanta luz como la actual y, por la misma regla de tres, ninguna otra generación ha despreciado tanto semejante luz.

Actualmente disponemos del beneficio de todo tipo de luz. Tenemos luz social, política, científica y muchas otras. La única luz que se pasa por alto es la espiritual.

La ceguera espiritual puede adoptar muchas formas. Por ejemplo, hay quienes pervierten la luz del evangelio, desvirtuando la verdad para obtener un beneficio propio. Hay muchos más dispuestos a aprovecharse de las personas recurriendo a la religión, y son demasiados los que están predispuestos a ser vulnerables en este sentido.

A pesar de todo esto, en nuestra sociedad moderna todavía existen muchas vías por las que se proclama el evangelio de Jesucristo. El mundo es nuestro campo de misión, y la tecnología moderna constituye un medio insuperable para acceder a este campo de misión llevando la luz bendita del evangelio de Jesucristo.

Sin embargo, debemos ser prudentes con la tecnología y los medios de comunicación. A pesar de lo urgente que es hoy día extender la luz del evangelio, muchos se han visto atrapados por el entretenimiento, las luces brillantes y las campanitas que tintinean. Esta superficialidad no piensa marcharse. Aunque no me gusta, debo admitir su presencia. Todas estas cosas son fáciles y solamente exigen un esfuerzo humano. La luz que el mundo necesita conocer, la luz del evangelio, solo se puede transmitir y demostrar por medio del poder del Espíritu Santo.

Las consecuencias de la ceguera espiritual

Jesús dijo: “Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Jn. 12:46). Quiero insistir en que la ceguera espiritual es autoinfligida. A todos nosotros se nos ha concedido la oportunidad de escapar de las tinieblas mediante la fe en Jesucristo. Si preferimos quedarnos en la oscuridad en lugar de caminar en la luz, tendremos que aceptar las consecuencias de esta lección, la más grave de las cuales se manifiesta como la presencia de determinadas tendencias malignas en la humanidad.

Una consecuencia de la ceguera espiritual es el odio. Algunas personas están tan llenas de odio, ira y amargura que se les ve en los ojos. En la vida hay muchos problemas sin resolver que conducen a este tipo de odio y de amargura. La ceguera del corazón ha permitido que el odio irradie desde la mirada. No se trata de un problema psicológico que se pueda arreglar con una

terapia, sino de un problema espiritual que precisa la luz bendita del evangelio para provocar una transformación.

Otra consecuencia de la ceguera espiritual es la codicia. Cuando miramos algunas personas, vemos que irradian codicia. Solamente piensan en lo que pueden conseguir y en cómo pueden aprovecharse de una circunstancia o de una persona, en cómo salir ganando. Las tinieblas espirituales han inundado sus corazones hasta tal punto que en lo único que piensan es en aprovecharse de la situación que se presenta. Cuando la ceguera impide ver más allá de ti mismo y de los intereses, se convierte en algo espantoso.

El orgullo de la vista es otro aspecto de esta tiniebla espiritual. Las Escrituras la denominan “la vanagloria de la vida”, que es precisamente lo que es. Me sorprenden las cosas de las que se enorgullecen las personas hoy día. En la mayoría de los casos se trata de cosas superficiales, éxitos transitorios u honores que carecen de importancia. Las personas se enorgullecen de ganar un partido de baloncesto o de obtener otros éxitos que no cambian ni mejoran la vida en ningún sentido. Hoy día las personas se enorgullecen de cosas que habrían avergonzado a las generaciones anteriores. Las tinieblas espirituales nos impiden reconocer lo que es importante y lo que no lo es. En esta generación padecemos la maldición de lo superficial.

La lascivia de la vista es otra gran calamidad de la destrucción de los nervios ópticos espirituales. Jesús nos advirtió: “Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mt. 5:28).

La lujuria es el objetivo final del deseo carnal y su satisfacción, y constituye el fundamento de muchos pecados. No se trata tanto del acto, sino de la intención del corazón. Un ojo lascivo es la gran característica de esta generación, que se manifiesta especialmente cuando vamos caminando por la calle de cualquier ciudad. Miradas lascivas, lujuriosas. Todos los pecados nacen de la semilla de la lujuria y luego se convierten en actos

inícuos. “Por qué todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (1 Jn. 2:16).

Juan nos exhorta a que busquemos al Padre, de modo que cerremos la puerta al mundo y a todos sus atractivos. La luz del evangelio es la que nos guía hacia el corazón del Padre y nos distancia del mundo.

Luego tenemos la incredulidad de la vista. La oscuridad espiritual da como resultado la maldición de la incredulidad. La incredulidad nos impide acercarnos al Padre por medio del Hijo y nos aleja del reino de Dios, empujándonos al reino de este mundo. No hay nada peor que la incredulidad, porque nos aparta de lo que Dios ha planeado para nosotros.

En la mirada de algunas personas espiritualmente ciegas también percibimos la venganza. Alguien les ha hecho algo o les ha dicho algo y su mirada se llena de deseos de vengarse. Ahora buscan maneras de devolver el golpe a quien les hizo daño. La venganza conduce al desánimo y a sentimientos crueles, y no es el estilo de vida de quienes se han convertido de verdad. “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:19).

Los fariseos eran un ejemplo de otra de las consecuencias de la ceguera espiritual: el orgullo espiritual. Consideraban que todos los demás eran inferiores a ellos. Se había constituido el estándar de lo que era correcto y bueno, y se consideraban la máxima expresión de la justicia. Todos los demás estaban equivocados y debían compararse con los fariseos. Seguramente el orgullo espiritual ha hecho más daño al reino de Dios que cualquier otra cosa, pues intenta sustituir la justicia de Dios por la justicia de los hombres, que no es justicia. Solamente hubo un justo, que fue el Señor Jesucristo. Los ojos que reflejan el orgullo espiritual blasfeman de la justicia de Cristo.

Otra consecuencia de la ceguera espiritual es la rebelión. El objetivo de esta rebelión es Dios. La gran calamidad de un nervio óptico espiritualmente entenebrecido es que se rebela contra Dios y contra su autoridad. Desde el punto de vista lógico, la rebelión no tiene sentido. De la rebelión no sale nada bueno, sobre todo en el ámbito espiritual. La rebelión nos aparta de Dios y nos hace caer en los brazos del enemigo del alma humana. Esta rebelión empezó cuando Lucifer dijo: “Seré semejante al Altísimo”. Inyectó en la humanidad este espíritu venenoso de rebelión por medio de Eva en el huerto. Desde entonces toda la humanidad ha sido rebelde a Dios.

Lamentablemente, muchos se han aclimatado a las tinieblas espirituales que llevan dentro. Pero esta ceguera interna acarrea unas consecuencias terribles. Es la responsable de todo el dolor y el sufrimiento del mundo moderno. Muchos culpan a Dios del sufrimiento, pero en realidad lo ha creado nuestra rebelión contra Dios.

Esta confusión sobre quién es el responsable de nuestro sufrimiento nace del hecho de que la persona espiritualmente ciega, lastrada con una conciencia pervertida, no es capaz de ver los valores morales. Una vez más, este proceso carece de lógica. Esta ceguera interior no logra apreciar una conciencia pura y unos valores morales positivos. Lo que las personas espiritualmente entenebrecidas consideran bueno es contrario a lo que Dios considera bueno. Llamamos bueno a lo malo y malo a lo bueno, debido a su ceguera interior.

Separados de Dios y de su reino

En mi opinión, la consecuencia más grave de la ceguera interna de las personas es el hecho de que no pueden conocer a Dios y a Cristo en ningún sentido íntimo. ¿Tenemos que decir más? A menos que yo conozca a Dios y a su Hijo, el Señor Jesucristo,

todo lo demás no importa. La ceguera espiritual me impide traspasar las tinieblas espirituales y venir a la luz, la luz bendita del conocimiento de Dios y de Jesucristo.

El reino de Dios nos rodea, pero quienes padecen una ceguera interna son incapaces de ver este reino y sus valores. Como los valores del reino de Dios están tan alejados de su percepción, crean sus propios valores basados en su propio entendimiento. Dan por hecho que lo que creen que es correcto o incorrecto encaja con los valores de Dios. Después de todo, aspiran a ser como el Altísimo.

Esta ceguera interior tiene otra consecuencia muy perturbadora: las personas que la padecen no pueden estar seguras de que entienden bien la Biblia. Estas personas plantean preguntas o aseveraciones como las siguientes: “¿Es la Biblia realmente la Palabra de Dios?”, “¿Qué pasa con los errores que hay en la Biblia?”, “¿Por qué hay tantas traducciones?”, “Sin duda, la Biblia no es un libro en el que podamos confiar”. La persona espiritualmente ciega no puede estar segura de nada respecto a la Palabra de Dios y, por consiguiente, se convierte en una víctima de los vendedores de la falsa doctrina.

Cuando una persona puede ver la Palabra de Dios claramente, reconocer su autoridad y comprender el reino de Dios, nunca se la puede conducir a la falsa doctrina. La luz del glorioso evangelio derramado en nuestros corazones es la que nos permite ver la verdad y caminar en ella. Todos los herejes o los falsos maestros tienen congregaciones cuyos miembros son ciegos interiormente hasta el punto en que no logran ver y comprender la Palabra de Dios. A estas personas se las engaña fácilmente para que crean la falsa doctrina.

Toda esta ceguera interior exponía a la persona a un autoengaño letal. El peor tipo de engaño es el autoengaño. Lleva al infierno a una persona que cree estar de camino al cielo. La persona que se engaña a sí misma dice: “¡Ah, pero hay muchos

caminos que llevan al cielo!”. Entonces la persona engañada cree que va de camino al cielo. ¡Cómo debe deleitarse el diablo con este engaño, si es que el diablo experimenta algún tipo deleite!

Quienes padecen la ceguera interna que les lleva al autoengaño no son solamente las personas malvadas, sino también las buenas. Sí, a los buenos hombres y mujeres también se les puede engañar para que acaben excluidos del cielo. ¡Qué trágico es vivir toda la vida pensando que vas de camino al cielo y luego descubrir, cuando ya no puedes hacer nada, que estabas engañado!

Recuerda estas palabras que dijo Jesús: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mt. 7:21-23).

La cura para la ceguera espiritual

¿Cómo podemos evitar que el Señor nos diga estas terribles palabras? Sin duda que hay algo que podemos hacer para evitar que nos engañen. ¿Cuál es la cura? ¿Cómo puedo solventar cualquier tipo de ceguera espiritual que pueda afectarme?

Anímate, porque hay cura. “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz” (Ef. 5:8). Aquellos hombres y mujeres en otro tiempo caminaron en las tinieblas, pero al final anduvieron como hijos de luz. La esencia de esta transformación fue un encuentro personal con el Espíritu Santo por medio de la Palabra de Dios.

Jesús es la cura y solo el Espíritu Santo puede aplicar este remedio para restaurar la vida de una persona y alejar las tinieblas del alma para siempre.

Jesús proclamó: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha unguido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor” (Lc. 4:18-19). La luz está disponible para todos los que la busquen. Este es el secreto. Quienes buscan a Dios con sinceridad y desespero, ciertamente encontrarán la luz gloriosa de su presencia.

Jesús es la luz del mundo

Philip P. Bliss (1838-1876)

El mundo perdido en pecado se vio;

¡Jesús es la luz del mundo!

Mas en las tinieblas la gloria brilló,

¡Jesús es la luz del mundo!

¡Ven a la luz; no debes perder

gozo perfecto al amanecer!

Yo ciego fui, mas ya puedo ver,

¡Jesús es la luz del mundo!

La noche se cambia en día con Él:

¡Jesús es la luz del mundo!

Y andamos en luz tras un Guía tan fiel,

¡Jesús es la luz del mundo!

¡Oh, ciegos y presos del lóbrego error!

¡Jesús es la luz del mundo!

Él manda lavaros y ver su fulgor,

¡Jesús es la luz del mundo!

Ni soles ni lunas el cielo tendrá,
¡Jesús es la luz del mundo!
La luz de su rostro lo iluminará,
¡Jesús es la luz del mundo!

Trad. Henry C. Thompson